

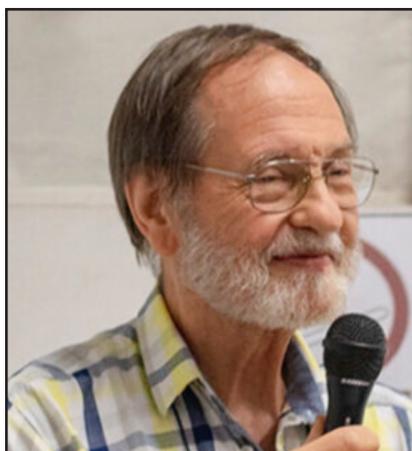
RAÚL DI LULLO

por Juan B. Ramazzotti¹

Conocí a Raúl en 1984. Comenzaba a amanecer luego de la noche más oscura de nuestra historia reciente. Él integraba una larga nómina de profesores cesanteados por la Dictadura que se reintegraban a las actividades académicas. (Volvían rodeados de un halo mítico forjado *sottovoce* en los corrillos docentes y estudiantiles más progresistas durante los años de plomo.)

En la comunidad universitaria, como en la sociedad toda, se vivía un clima de acalorada efervescencia política. Las instituciones de la Democracia se reinstauraban con esperanzado fervor. El futuro lucía transparente y promisorio.

En ese marco, la Facultad de Arquitectura y Urbanismo se concentró en una revisión crítica de los contenidos de su currícula, redefiniendo implícitamente los alcances deontológicos de sus egresados. La función social de la arquitectura y el urbanismo ocupó nuevamente el centro de los debates. Los criterios de su enseñanza, investigación y extensión recobraron –aunque nunca con igual intensidad y vehemencia– el componente esencial de aquella voluntad generacional comprometida con las demandas sociales, propia de los '70.



En la segunda mitad de la década de 1990, Raúl ganó un concurso para cubrir un cargo de Profesor Titular para Taller de Proyectos Arquitectónicos, área troncal de la Carrera que entonces comprendía seis cursos anuales. De inmediato, y acorde al tradicional sistema de cátedras paralelas, convocó a un grupo de docentes de la Casa y se constituyó el Taller Di Lullo. Me incorporé al equipo en el período lectivo siguiente. Enseguida trabamos una relación abierta, espontánea y fluida. Como es sabido, el dispositivo pedagógico del taller aplicado a los procesos de enseñanza-aprendizaje del Proyecto, demanda largas horas de trabajo mancomunado. A eso, pronto se sumaron los programas de investigación, (desarrollados en conjunto con el LIGHaM –Laboratorio de Investigaciones para la Gestión y el Desarrollo del Hábitat y el Medio Ambiente– que él dirigía en paralelo), los de extensión y alguna interven-

ción profesional (en ese orden, cabe recordar la obtención del Primer Premio en el Concurso Nacional de Ideas para el Ordenamiento del Espacio Público del Centro Histórico de San Salvador de Jujuy y sus entornos inmediatos, de 2005-2006). Fue a través de esa estrecha convivencia laboral que desde el comienzo pude vislumbrar los más hondos valores profesionales, académicos y humanos de su personalidad. El tiempo no hizo sino refrendarlos y cualificarlos.

En tal sentido y, pese a la exigüidad impuesta a estas líneas, tres aspectos (felizmente complementarios) resultan a mi juicio de mención inevitable: la compleja agudeza de su pensamiento, el obstinado rigor de su responsabilidad y la irrenunciable ética de su conducta.

En un plano estrictamente personal, esos factores influyeron decididamente en la segunda mitad de mi formación (que es continua) como docente e investigador. Reconozco en Raúl a un importante mentor: su experiencia en el Bouwcentrum International Education (más tarde, Institute for Housing and Urban Development Studies) de Rotterdam, Países Bajos, se tradujo en una profundización del concepto de “vivienda evolutiva”, de amplia aplica-

ción en los proyectos habitacionales de interés social desarrollados de manera sistemática en los cursos de Taller. Por otro lado, y desde una fina comprensión del par dialéctico ciudad-arquitectura, me (nos) inició en el tema del Espacio Público Urbano como objeto clave de diseño para el desarrollo de la calidad de vida en los entornos habitables; tema que hoy forma parte de la agenda disciplinar básica, pero que en esos tiempos apenas si merecía un tratamiento fortuito y superficial. Su férreo compromiso institucional,

expresado en permanentes aportaciones teórico-prácticas tendientes al mejoramiento de los estándares académicos, constituyó también un ejemplo definitorio.

Sería injusto obviar aquí que la trascendencia de ese magisterio solo fue posible gracias a su particular ejercicio de la autoridad: un liderazgo sutil en las formas pero contundente en los objetivos, de carácter democrático, equitativo y plural, que redundó en el crecimiento personal y en la cohesión grupal de sus

dirigidos. Su paso por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, en suma, dejó una marca indeleble que se resignifica permanentemente a través de sus herederos académicos. En los ámbitos universitarios, no muchos pueden jactarse de un legado memorable. Raúl, sin duda, es uno de ellos. Mucho me honra su amistad.

1.- Decano de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Tucumán.
jbramazzotti@gmail.com